



Diego Barros Arana

Don Manuel Salas

Hay biografías que parecen no ser más que una amplificación de los pomposos epitafios que se graban sobre ciertas tumbas. En aquellas, como en estos, se leen un nombre, unas cuantas fechas, una larga retahíla de títulos retumbantes; pero no se lee nada que despierte un recuerdo, una idea, una esperanza. El espectador queda indiferente, helado, delante de esas inscripciones sepulcrales, que son tan frías como los restos humanos a que sirven de cubierta. El lector no siente nacer ninguna emoción en su alma, ningún pensamiento en su cabeza al recorrer esos panegíricos pretensivos de una nulidad que intenta ocultarse bajo el oropel y el fausto.

Esos epitafios, miserable desahogo de una bien pobre, vanidad, son ciertamente dignos de estar escritos sobre las lápidas de un cementerio. Esas biografías que pertenecen al mismo estilo, merecerían conservarse igualmente en la mansión de los muertos.

Los gusanos roen los cuerpos de esos héroes de comparsa cuya memoria se pretende en vano, salvar del olvido; la intemperie destruye los falsos elogios con que se adornan sus sepulcros; la polilla y el polvo consumen los libros donde se han consignado las vulgares acciones de su insignificante [46] existencia. En breve no queda nada de ellos sobre la tierra; porque, a decir verdad, no han vivido en la grande y real significación de esta palabra.

Pero a diferencia de los señalados hay otros que, para ser recordados, no necesitan que sus hechos se estampen en el papel, o se esculpan en el mármol. Aunque no les compongáis altisonantes biografías, aunque no les erijáis magníficos mausoleos, poco importa; su fama será duradera, porque han sabido ligarla a alguna de esas instituciones sociales o políticas que no pasan en un día. Que los años se sucedan a los años, los acontecimientos a los acontecimientos, el recuerdo de esos varones preclaros no perecerá jamás, a lo menos mientras la libertad sea reverenciada en el mundo, la caridad amada, los beneficios a la patria o a la humanidad pagados con la gratitud debida. El día que fueron a sepultarse en el cementerio de esta ciudad los restos de Camilo Henríquez, ese revolucionario famoso que después de haber llenado a Chile con su

nombre, y despertado con sus escritos tan opuestas pasiones, moría pobre, retirado de los negocios y casi olvidado de sus conciudadanos, contábase en el reducido grupo de viejos patriotas del año diez que formaban el duelo en pos de aquel ataúd, a don Manuel Salas, su contemporáneo, su íntimo amigo, su camarada en la gran lucha de la independencia. Este ilustre anciano que marchaba enternecido con la reciente pérdida de uno de sus correligionarios, enojado quizá por la injusta pobreza en que había muerto un hombre como Henríquez, clavó casualmente la vista sobre una de esas pomposas inscripciones de que he hablado; y sintiéndose sin duda ofendido al comparar tal ostentación de mentirosas alabanzas con la humilde tumba sin lápida ni epitafio, que iba a servir de última morada al primer periodista chileno, no pudo menos de decir a los que caminaban a su lado, señalándoles con desdén aquella muestra de la vanidad humana: «tendré cuidado de hacer inscribir sobre la losa que cubra mi sepultura, aquí no hay nada.»

Eran la modestia del filósofo, la humildad del cristiano, la indignación secreta por las injusticias de la suerte, las que en esta ocasión inspiraban a Salas semejante frase; pero el orgullo, la conciencia de su mérito, pudieron también habérsela inspirado. Era cierto; él no debía llevar al cementerio, como otros, todo lo que había sido en la vida, sino sólo un puñado de polvo. Aunque su cuerpo muriera, había de quedar viviendo en la sociedad una gran parte de él mismo: los altos pensamientos que había propagado, los establecimientos que había fundado en favor de la instrucción pública, las instituciones de caridad que había organizado. El caudal de gloria que iba a legar a su familia debía consistir, no en un legajo de despachos honoríficos, difícil de sustraer a la carcoma del tiempo, sino en la multitud de beneficios que había hecho a sus semejantes. Tenía, pues, razón en querer grabar sobre su sepulcro, aquí no hay nada. No era en el cementerio, sino en la república donde convenía buscar los rastros de su existencia, [47] habiendo confiado la conservación de su memoria, no a las piedras, sino a la gratitud de los hombres.

Por eso la vida de don Manuel Salas no necesita escribirse; está guardada en los corazones de sus conciudadanos, a lo menos en los de aquellos que se hallan gozando los provechos de sus trabajos.

¿Queréis saberla?

Preguntad ¿quién construyó el tajamar?

¿Quién fundó el hospicio?

¿Quién el primer colegio donde se enseñaron las matemáticas y el dibujo?

¿Quién la biblioteca?

¿Quién favoreció la introducción de la enseñanza mutua en las escuelas primarias?

¿Quién contribuyó en 1819 al restablecimiento del instituto nacional?

¿Queréis saber más pormenores todavía?

Preguntad ¿quién fomentó el cultivo del cáñamo?

¿Quién introdujo el del lino, la morera, la higuera, la linaza?

¿Quién el gusano de seda?

¿Quién favoreció la filatura del cáñamo?

¿Quién enseñó la confección del aceite de linaza por medio de máquinas?

¿Quién la fábrica de la losa vidriada, de la jerga, del paño burdo?

¿Quién la filatura de medias y frazadas en telares mandados traer por él a Europa?

¿Quién hizo explotar, en cuanto era permitido a las fuerzas de un particular, las vetas de metales que encierran nuestras cordilleras, sin que le estimulara a ello el más ligero movimiento de codicia, sino el más vivo deseo de la prosperidad pública?

¿No es verdad que el individuo que hubiera realizado todas las obras que he enumerado, podría con justicia dar por bien empleada su vida? Mas la hoja de servicios de Salas, no comprende sólo los méritos que acaban de leerse.

Desde que en 1807 se trajo a Chile la vacuna, fue uno de sus más celosos propagadores. La extinción de la sífilis le mereció cuidados no menos solícitos y generosos.

Con un entusiasmo laudable trató de plantear en las prisiones un régimen que rehabilitara al criminal, en vez de sumergirle más y más en la infamia, promoviendo con este fin la fundación de una casa de corrección.

En 1811 debiose a su porfiado empeño que la junta gubernativa promulgara la ley que proclamaba la igualdad de los indios, y ordenaba la abolición de sus tributos.

Habiendo sido electo diputado en el congreso de ese mismo año, contribuyó de todas maneras a que se prohibiese la introducción de esclavos en [48] este país, y se emancipara a los hijos que nacieran de los que en él ya existían. Añadiendo en esta materia la autoridad del ejemplo a la fuerza del raciocinio, había comenzado por manumitir él mismo, antes de que se discutiera la cuestión, todos los que poseía, y por influir para que los miembros de su familia imitaran su conducta en este punto.

Por último, para que fuera mayor su semejanza con Franklin, inscribió también su nombre en el libro de oro de los próceres de la revolución. Si como su modelo de Norte-América, no arrebató el rayo a los cielos, arrancó a lo menos el cetro a los tiranos. Salas junto con ser un hombre de corazón caritativo, de alma sensible a la desgracia, era al propio tiempo un buen ciudadano. Estaba muy distante de asemejarse a esos filántropos de nuevo cuño que, egoístas e indiferentes a la cosa pública, predicán la sumisión a todos los poderes, legítimos e ilegítimos, y se creen facultados para exigir a trueque de una limosna la degradación del hombre. Quería la paz y el orden que son tan necesarios a un estado, como la salud al cuerpo; pero no la abyección o el servilismo que contrarían todos los fines de la asociación humana. Era demasiado cristiano para pedir que la justicia reglara las relaciones privadas, y tolerar que la injusticia dominara en la organización de la sociedad.

En 1810 su posición como individuo particular era brillante: el curso natural de los sucesos le presagiaba el porvenir más lisonjero. Ligado por su familia a la más encoquetada aristocracia de la colonia, con bienes cuantiosos y una multitud de amigos; abogado en la audiencia de Lima, ciudad donde había hecho sus estudios, y en la de Santiago, ciudad donde había nacido; condecorado con los más altos empleos municipales a que un criollo podía aspirar; estimado de todo el mundo; convertido por su bella índole y sus servicios en favorito del presidente, de los oidores, de todos los grandes funcionarios, personalmente no tenía nada que desear. Para que no le faltara ninguna de las calidades que entonces hacían prosperar, había viajado por España, visitado la corte y dejado en ella poderosas relaciones. Así era acatado como hombre rico, como hombre sabio, como hombre influente, y lo que es más, amado como hombre bondadoso.

Cualquiera otro que hubiera estado dotado de menos civismo, de menos abnegación, habría tenido por inmejorable y excelente un orden de cosas que le proporcionaba una existencia tan tranquila, tan holgada, tan halagüeña. Salas lo estimó de otra manera, porque atendió para juzgar no a su suerte, sino a la de la generalidad de los chilenos. Durante sus correrías por la península, la imagen de la patria no se había apartado un sólo momento de su vista. Nuevo Anacarsis, lo había recorrido y examinado todo, siempre con la idea fija de aclimatar en el suelo natal los prodigios de la civilización. A la vuelta, el atraso de su país había contrastado de una manera dolorosa para él con el recuerdo de la prosperidad europea. [49]

Habíase encontrado en una comarca por la cual Dios lo había hecho todo, y el hombre no había hecho nada. Había contemplado con tristeza y amor la fértil tierra de Chile que se extiende bajo el cielo más hermoso del mundo, resguardada al oriente por una cordillera gigantesca y bañada al occidente por un mar sin remolinos ni tempestades, espacioso camino preparado por la Providencia misma para facilitar la comunicación de los habitantes y la exportación de los frutos. Aquel territorio afortunado que ofrecía muestras de todos los climas, estaba libre de todos los azotes de la naturaleza; jamás, el granizo o el rayo anunciaban en él la cólera del Señor.

Los montes de esa cordillera que se alzaba al oriente encerraban en sus entrañas los metales más preciosos; y ese mar que acariciaba con sus olas las riberas del occidente, formaba cómodos puertos y alimentaba pescados de todas especies. Las llanuras comprendidas entre la cordillera y el mar estaban regadas por una multitud de arroyos, manantiales y ríos que a cortos trechos descendían de la primera para caer en la segunda, fecundando su pasaje, y suministrando el necesario riego a abundantes pastos. En esas llanuras podían cultivarse y propagarse todas las producciones y animales del viejo continente, menos las plantas venenosas, las fieras, los reptiles e insectos nocivos. Para colmo de ventura, muchas de las enfermedades que afligen a otras regiones, eran desconocidas.

Pero en medio de tan grandiosa naturaleza, solo el hombre vivía desgraciado; en medio de una fecundidad extraordinaria, había gentes que no tenían que comer. Ese suelo tan rico alimentaba a lo sumo cuatrocientos mil habitantes, según los cálculos más favorables; y para mayor escarnio todavía los alimentaba pobre y miserablemente. «En este país donde un moderado trabajo bastaría para sustentar a un pueblo numeroso, decía don Manuel Salas describiendo las impresiones que un orden de cosas como este le hacía experimentar, hállanse muchos individuos cercados de necesidades, pocos sin ellas raros en la abundancia. Nada es más común, agregaba, que ver en los mismos campos que acaban de producir pingües cosechas, extendidos para pedir de limosna el pan los brazos mismos que las han recogido, y tal vez en el lugar donde la hanega de trigo acaba de venderse en la era a ínfimo precio. Así no hay comarca en el mundo donde haya menos ancianos.»

Salas conoció toda la extensión del mal, pero no se dejó abatir. Lo que en Chile sucedía era contrario a la naturaleza, opuesto a la voluntad manifiesta de Dios; y, por lo mismo, debía tener remedio. Observó, meditó y al fin se convenció de que la fuente del mal estaba en la falta de industria, en la nulidad del comercio, en la inercia fatal a que la pobreza pública obligaba a sus compatriotas.

Podía decirse que no tenían estos más ocupación que el pastoreo, el cultivo del trigo y la explotación de las minas. Los productos de esas tres industrias carecían de mercados. Veinte y seis buques eran todos los que [50] trasportaban al Perú los frutos del país. Esos veinte y seis buques pertenecían a comerciantes peruanos que imponían la ley a los hacendados chilenos cuyas cosechas, si estos se negaban a las condiciones leoninas de aquellos, tenían que podrirse en los graneros sin encontrar expendio. Extremadamente corto era el número de naves que venía de Europa trayendo géneros en cambio de metales. Las transacciones con las provincias de allende los Andes no eran más activas. La escasez de recursos, limitando en el interior las necesidades a las más imprescindibles de la vida, reducía el consumo a su menor expresión.

De estos datos dedujo Salas que en Chile no se producía más, porque no había a quien vender, y que no había a quien vender, porque eran contados los que tenían con que comprar. Los habitantes, no hallando, pues, en que ocuparse, estaban condenados a la miseria. Para estorbar la despoblación del país, para combatir esa inercia forzada, era preciso abrir nuevo campo al trabajo y a la actividad de cada uno; era preciso

suministrar a todos los medios de satisfacer un mayor número de necesidades, a fin de que, junto con enriquecerse cada individuo, proporcionara por el mutuo cambio recursos a los demás. Aumentar los productos y el consumo, reducidos por causas irregulares, era el arbitrio que la razón indicaba para impedir que en adelante los moradores de este suelo privilegiado estuvieran, como ese rey Midas de los cuentos populares, muriéndose de hambre en medio de tesoros.

Salas al menos lo pensó así; y después de haber estudiado el mal con detención, y descubierto a su juicio el remedio, buscó como dar a este la correspondiente aplicación. Toda su vida debía gastarse en la ejecución de ese pensamiento que para consuelo suyo había de contemplar casi realizado antes de morir. Mas no quiero anticipar los sucesos. Don Manuel Salas fijose desde luego en dos medidas que estimó de vital importancia para el cumplimiento de sus ideas. Era la primera la destrucción de todas las trabas que embarazaban las relaciones mercantiles de las colonias españolas entre ellas mismas y con la metrópoli. Necesitaba la libertad de comercio, aun cuando no fuera sino con las diversas provincias del imperio de Castilla, para abrir a Chile mercados, poner los capitales en movimiento y atraer embarcaciones a nuestros puertos. Era la segunda, la introducción de nuevas industrias, la explotación de materias que no fueran el trigo o los metales, la dedicación a operaciones diferentes de la crianza de ganados. Esta medida completaba la primera. Después de haberse preparado compradores, era necesario disponer mercancías que pudieran vendérseles. ¿Cómo había de faltar objetos para nuevas industrias en una tierra tan espléndida como la de Chile? «Desde la creación, repetía Salas, ha habido arenques; pero hace solo poco más de dos siglos que Belkinson, enseñando a beneficiarlos, convirtió a la miserable Holanda en una nación rica, y dio ocupación a cincuenta mil personas Y seis mil novecientas [51] embarcaciones.» Convenía, pues, que los chilenos buscaran también sus arenques.

Para ponerlos en estado de efectuarlo, para que aprendieran a arrancar por el arte sus tesoros a la naturaleza, resolvió plantar como un medio auxiliar de sus otros proyectos, la enseñanza de las ciencias exactas y de sus diversas aplicaciones. La ignorancia de los más elementales de estos ramos, jamás estudiados en el país, era una vergüenza para sus moradores, un perjuicio irreparable para los intereses de estos, un estorbo invencible para la futura prosperidad de la nación.

«En Francia, decía Salas, se extrae de la mayor profundidad el carbón de piedra con ayuda del vapor; allí merece las meditaciones de los sabios un vil combustible, y aquí no las merece el oro; allí se tiene por feliz invento el que ahorra la fatiga a los caballos, y aquí ni aun se piensa en sustituir las bestias a los hombres reducidos a las tareas más rudas y mortíferas. El conocimiento de las ciencias útiles, prácticas, es lo único que puede sacarnos de tan triste situación. Es urgentísimo que nuestros hijos se dediquen a aprenderlas.»

En la colonia nadie oponía objeción seria a pensamientos tan benéficos, de utilidad tan evidente, como los que dejo señalados; cuando más, algunos levantaban contra ellos dificultades pecuniarias de ejecución. Entonces, nuestro filántropo cuidaba de demostrar que no eran imposibles de allanar, y si se veía estrechado por las observaciones económicas de sus contendores, no reparaba en ofrecer de su propio caudal cuanto fuera preciso para tentar los primeros ensayos. Ningún sacrificio le parecía excesivo, con tal de llevar a cabo su sueño de un hombre de bien, como él denominaba a su proyecto. Por fin, después de muchas discusiones, cuando hubo ganado la aprobación de las autoridades coloniales, comenzó a dirigir a la corte memorias sobre los puntos mencionados. Principiaba por desarrollar en ellas con colores sombríos el cuadro de la colonia. A la situación presente oponía lo que Chile podía llegar a ser, si se dictaban providencias para levantarle de su postración. Concluía indicando las que a su juicio

debían llevar al deseado fin, es decir, la abolición de las trabas comerciales; el envío de una comisión de hombres científicos y de prácticos en la industria, para que explorasen el país, diesen instrucciones a sus habitantes e introdujesen nuevas labores; la protección a las siembras del tabaco, del lino, del cáñamo; a las fábricas de papel, de cola fuerte, de clavos, y de planchas de cobre; a la exportación de la lana hilada o en bruto, de la pluma y del crin; a la composición de la carne salada; al impulso y mejora de las curtiembres; a la preparación del cardenillo, de la sal amoniaca, de la potasa y cenizas gravelosas; a la explotación del vitriolo y demás sales, del zinc y demás metales. Para hacer posible la planteación de estas diversas industrias, proponía la fundación de cátedras destinadas a la enseñanza de las matemáticas y de las ciencias físicas. [52] Como se ve, todo esto no era sino la realización del gran pensamiento que le dominaba para conseguir el progreso material de Chile; aumentar la producción y el consumo, enriqueciendo a los habitantes por el ensanche de sus trabajos, y poniéndolos por el estudio en aptitud de sacar provecho de los elementos naturales con que el suelo les brindaba.

Salas creyó desde luego que el gobierno metropolitano no tendría embarazo en acceder a una solicitud que a nadie perjudicaba y que a todos favorecía; a una solicitud que, al precio de algunos gastos insignificantes para una nación, había de proporcionar las mayores ganancias a los súbditos y al estado. El tiempo desvaneció pronto sus ilusiones; la desconsoladora experiencia le hizo temer que su sueño de un hombre de bien fuera un sueño para siempre.

La corte de España archivó sus memorias, y dejó las cosas de Chile como estaban. ¡Tantas doradas esperanzas quedaban así reducidas a unas cuantas conversaciones y a unos cuantos pliegos de papel escrito!

Hubo más todavía.

Don Manuel Salas había logrado fundar con el título de academia de San Luis, un colegio donde se enseñaban las primeras letras, la gramática, el dibujo y los ramos más elementales de las matemáticas. La corte suspicaz de Madrid recibió informes enviados de Chile mismo, que le pintaban este establecimiento como una innovación peligrosa, e impartió órdenes terminantes contra la institución y el fundador. Necesitó Salas de toda la protección del presidente don Luis Muñoz de Guzmán, cuyo afecto había sabido granjearse, para escapar de las persecuciones y salvar de la ruina el inocente colegio que a tanta costa había organizado.

Después de tales desengaños convenciose de que la España no haría nunca nada en favor de sus colonias; y desde ese momento estuvo dispuesto en su alma a sostener cualquiera empresa que se maquinara contra ella. Como individuo no había recibido agravios de la metrópoli; pero los había recibido como ciudadano, y eso bastaba. Los hombres del temple de Salas no ponen nunca en la balanza, para decidirse, la conveniencia privada en contraposición a la conveniencia pública.

Cuando la hora de la revolución hubo sonado, Salas no vaciló. «Venga abajo, dijo, un régimen social que es un obstáculo invencible para el bien; un régimen social que sujeta al hombre a la miseria en una tierra que es un verdadero paraíso.» No se detuvo por un instante a sumar y restar las ventajas e inconvenientes que aquella resolución podía causar a sus intereses particulares. Vio la palabra Justicia escrita por divisa en la bandera de los revolucionarios, y se colocó al lado de ellos sin demora, sin hesitación, sin mirar para nada ni atrás ni adelante.

Salas, desde el principio fue, no uno de esos patriotas que deseaban en el secreto de la conciencia un cambio en las instituciones coloniales, sino un patriota a cara descubierta, de esos que manifestaban impaciencia [53] por andar pronto. En el congreso de 1811 perteneció a la minoría de los trece diputados exaltados.

Sin embargo, don Manuel Salas no fue uno de aquellos que imprimió dirección al movimiento; de carácter blando, de corazón sensible, no era uno de esos individuos enérgicos que llevan siempre la mano en la empuñadura de la espada, y que parecen ser, por derecho de nacimiento, los caudillos de las revoluciones. Había venido al mundo con una misión más pacífica; estaba destinado a llevar en sus manos no la espada o el fusil que dan la muerte, sino catecismos que repartir a los niños de la escuela, semillas de lino o gusanos de seda que distribuir a los industriales.

Pero si no fue caudillo, fue el consejero de los caudillos; si no revistió la casaca, manejó una pluma que ha trazado algunos de los escritos más vigorosos de la época en favor de la causa americana. Bajo la inspiración del buen sentido, redactó folletos de estilo popular, como el Diálogo de los porteros, por ejemplo, contundentes por la lógica de los raciocinios, atractivos por la multitud de chistes y agudezas con que los sazonaba. Con el auxilio de esos folletos, hacía comprender el motivo de la lucha y la santidad de la causa a todas las jerarquías de la sociedad, a los individuos de la aristocracia y a las gentes del pueblo; y prestaba de esa manera el mayor servicio al partido que había abrazado.

En medio de las agitaciones del revolucionario, de las meditaciones del publicista, de las tareas del panfletero, tuvo todavía tiempo que dedicar a la ejecución del gran pensamiento de que, puede decirse, había hecho el objeto de su vida. Aquella época de trastorno, en la cual sobre todo, se trataba de destruir, no era ciertamente favorable para llevar a cabo proyectos de mejora social. Sin embargo, aun entonces la constancia y la fe de Salas, no quedaron infructuosas. Algunos de los artículos de ese programa que él, sin más apoyo que sus fuerzas, había intentado poner en práctica durante el coloniaje, habían merecido ser adoptados y ejecutados por la revolución; los puertos de Chile habían sido abiertos a todas las naciones; el gobierno había tomado con empeño bajo su amparo el cultivo de la ciencia; las autoridades nacionales no imitaban el desdén de la metrópoli por el bienestar de los americanos. No obstante, quedaba aún mucho por hacer. Para contribuir a realizar lo que faltaba, don Manuel Salas promovió el establecimiento de una Sociedad económica de amigos del país, cuyo instituto debía tener por fin el fomento de la agricultura, de la industria y de la educación pública en todos sus ramos.

Bajo la nueva organización de Chile, el sueño de un hombre de bien iba en camino de convertirse en realidad. Salas se entregaba con un entusiasmo generoso al cumplimiento de su noble misión; sentíase alegre al ver que sus ilusiones estaban próximas a verificarse. Con todo, de cuando en cuando experimentaba temores, y arrojaba miradas escudriñadoras al porvenir. Mientras él inventaba planes para la felicidad de sus semejantes, la cuestión [54] política se debatía con éxito dudoso en los campos de batalla. ¿Quién sabía lo que podía suceder?

Un primer desengaño le había quitado esa confianza ciega que le había halagado en su juventud, de que basta querer el bien para lograrlo. La corte había contestado con la indiferencia a los proyectos de posible ejecución que le había dirigido, para procurar la ventura de sus compatriotas. Una real cédula, órgano de la calumnia, le había amenazado con molestas persecuciones, porque había fundado un colegio. Después de tan amarga experiencia ¿podía lisonjearse de que sus pruebas estuvieran terminadas, y de que le sería lícito trabajar tranquilo en su obra?

En efecto, esta vez la caída de las bellas alturas en donde habitaba su alma, fue más terrible que la primera. A fines de 1814, como todos lo saben, Chile sucumbió de nuevo bajo el imperio español. Los reconquistadores de esta tierra mostráronse tan rudos y crueles como los conquistadores del siglo XVI. Los patriotas que cometieron la imprudencia de permanecer en el país, tuvieron bien pronto que arrepentirse de su

temeridad. Salas que no había hecho mal a nadie, fue a expiar, como otros muchos venerables chilenos, en el presidio de Juan Fernández el crimen de haber reclamado contra la injusticia; y no salió de allí, hasta 1817 después de la batalla de Chacabuco. Apenas hubo recobrado la libertad, tornó otra vez a sus perseverantes trabajos por el bienestar del pueblo, por la difusión de las luces. No existe establecimiento benéfico de esa época, desde la escuela hasta el cementerio, en cuyo fomento o creación no interviniera.

Aunque jamás dejara de ocuparse de la cosa pública, rehusó siempre con firmeza toda participación directa en el gobierno. Mas si no se le encuentra bajo el solio de los mandatarios, se le halla en todas esas comisiones que producen grandes beneficios a los estados, pero que no dan a los individuos que las componen ni poder ni emolumentos. Salas había descuidado toda su vida sus negocios privados por atender a los generales. La herencia que había recibido de su familia estaba reducida a la mitad. La poca atención que prestaba a su incremento y la generosidad con que empleaba sus rentas en toda especie de obras de beneficencia, amenazaban consumir hasta el último real del caudal que había heredado. Entre tanto, tenía hijos cuya suerte se creía obligado a asegurar. No pudiendo, sin embargo, resolverse a gastar en rehacer su fortuna ese tiempo que deseaba aprovechar en objetos tanto más importantes, determinó entregar a sus hijos cuanto poseía, reservando para sí únicamente una pensión alimenticia. Después de este acto de desprendimiento, se dedicó todo entero a trabajar por la felicidad de los demás, con el empeño que otros habrían desplegado en amontonar un tesoro. La hacienda que trató de adelantar fue a hacienda del pueblo, esa industria nacional que desde joven había concentrado todos sus desvelos. [55]

En recompensa de tanto amor a los hombres, tuvo la dicha poco común de recibir el amor de esos mismos hombres que no siempre se muestran con sus bienhechores tan agradecidos como debieran. Salas vivió rodeado del respeto, de la veneración general. No solo sus compatriotas sino los extranjeros, rendían acatamiento a su virtud. El gobierno de Colombia le nombraba su encargado de negocios cerca del gabinete chileno.

Don Francisco Antonio Pinto le saludaba como «el más constante apoyo de la prosperidad de Chile.»

Don Manuel O'Leary, edecán de Bolívar, de quien este bravo irlandés había hecho su ídolo, se regocijaba al saber «que el libertador podía vanagloriarse de haber encontrado un admirador en el más virtuoso ciudadano de esta república.»

Don Mariano Egaña, entonces nuestro ministro plenipotenciario en Londres, obtenía del gobierno la promesa de que tan luego como se establecieran en el país las colonias extranjeras que aquel estaba agenciando en Europa, una de ellas se llamaría Salicia en honor de Salas.

Don Claudio Gay bautizaba también, como muestra de estimación a nuestro héroe, con el nombre de Polygala Salasiana a una de las plantas indígenas de Chile, que el expresado naturalista iba a clasificar el primero. El mismo Gay, al confiar a un arbusto la conservación de la memoria de su amigo, explicaba su pensamiento poniendo por dedicatoria estas palabras: al benemérito don Manuel Salas cuya vida fue enteramente empleada en el adelantamiento de su país.

Un gran número de chilenos y extranjeros levantaban espontáneamente una suscripción para colocar en la sala de lectura de la biblioteca, el retrato del ciudadano a cuyo civismo y amor a las luces debía ella su existencia.

A estos tributos de consideración tan altamente lisonjeros, se agregaba todavía otro que lo era mucho más. Nadie en Chile le llamaba sino con el nombre de Taita Salas. Esta

expresión vulgar de cariño con que todo un pueblo le proclamaba su padre, era ciertamente el mayor homenaje que pudiera concederse a un hombre.

En medio de esa multitud de elogios, una modestia que no tenía nada de afectada hacía resaltar el mérito del noble anciano.

No consintió nunca en dejarse retratar, y rechazó siempre las instancias que sobre este particular le hacían sus parientes. Para componer los retratos que de él han quedado, fue preciso que un artista copiara sus facciones a hurtadillas, oculto detrás de un escondite. El ilustre patriota don José Miguel Infante tenía el cuidado de ir consignando en las columnas del Valdiviano Federal que redactaba, las necrologías de todos los individuos que habían servido a la causa de la independencia con su cabeza o con su brazo. Cuando Salas se sintió aquejado [56] de la enfermedad que debía conducirle al sepulcro, envió a pedir a Infante, por favor, que le dejara sin lugar en la fúnebre galería, consagrada a la virtud y al patriotismo, que iba formando en su periódico. No quería que sus hechos se escribieran en el papel, como no había gustado que su semblante se hubiera pintado en el lienzo. Infante accedió a la súplica; y así sería en vano que se buscara la necrología de Salas entre las varias que contiene el Valdiviano.

Aunque nunca dejó de tener una opinión en la política y aun de manifestarla por la prensa, las pasiones de partido callaban siempre en su presencia, y respetaban su persona. Todos los bandos le tributaban la amplia justicia que merecía.

Haré aquí de paso una advertencia. Sucedió a Salas, lo que a algunos otros de sus contemporáneos: la edad calmó la exaltación de sus ideas. Él, que había sido tan ardientemente revolucionario desde 1810 hasta 1815, durante la segunda parte de su existencia, habíase convertido en conservador, pero en conservador ilustrado y tolerante.

Esta noble vida fue coronada por una hermosa muerte, la muerte del cristiano que tiene la conciencia de haber cumplido con su deber, y que no lleva ningún remordimiento.

El 28 de noviembre de 1841, los miembros de su familia rodeaban el lecho del bondadoso anciano, cuya existencia se iba desvaneciendo sensiblemente, aunque con la mayor tranquilidad. Todos, conmovidos como era natural, guardaban un silencio religioso. Ninguna convulsión, ningún estertor anunció la agonía del moribundo, que expiró apaciblemente, como quien se duerme después de haber desempeñado su tarea. Los dolientes permanecían silenciosos e ignorantes de que no era ya más que un cadáver ese cuerpo querido que ocultaban las coberturas de la cama.

Habiéndolo notado el primero don Pedro Palazuelos, a quien un antiguo y tierno afecto le había dado en esta ocasión solemne un lugar entre los nietos de Salas. «Demos gracias a Dios, dijo, porque le ha llevado a descansar. Ha trabajado ochenta y seis años por los demás; es justo que ahora repose y reciba el premio que ha ganado.»

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

